


En el marco del denominado "Encuentro Literario ADCA", dedicados y dedicadas jóvenes se entregaron a la creación, ya con un poema, pronto con un cuento, luego con un ensayo. Sorprendida por la calidad de los textos, *ideele* publica ahora la poesía, el cuento y el ensayo ganadores. Una revitalizante muestra de que nuestra juventud escolar, como seguro también la universitaria, ha optado por el camino de la creación y la recreación en tiempos de dramáticos cambios en el país.

# Cuidado: Jóvenes creando

## Con lentitud camina la muchacha

**BRIAN GEISSER PASQUEL**

Colegio Pestalozzi. Primer puesto, Poesía A



Con lentitud  
camina la muchacha.  
El viento fresco  
en su rostro  
y  
la mirada vacía  
en el horizonte:  
los niños corren  
vuelan las aves  
y  
caen  
las  
hojas  
secas  
a los pies de Ana.

Más tarde que siempre  
más tarde que nunca  
la tarde.  
Una y otra vez  
el silencio del tiempo  
en su corazón  
que no ríe  
ni canta.

Camina la muchacha  
entre la sonrisa  
de los niños  
y  
el dolor  
de su tristeza.

La muchacha  
camina  
con el viento  
a su favor  
sin una despedida.

Dibujos: César Yunco, estudiante de 5° de secundaria de Los Reyes Rojos

# Óleo de un sueño

GABRIELA CALISTRO RIVERA

Colegio Alexander von Humboldt. Primer puesto, Cuento

A

El despertador sonó. Luego de cinco minutos de tortura auditiva, el dolor venció al sueño. El agua acariciaba su cuerpo, el suave y delicado aroma del shampoo la llenaba de limpieza.

—¿Aló?— preguntó al responder al teléfono con la toalla aún atada en el pecho—, salgo para allá. Se puso el primer traje que encontró y se sirvió una taza de café.

Carolina Aguirre dejó la taza a medio tomar en el lavadero, cogió la llave del auto y cerró estrepitosamente la puerta de su departamento.

La avenida paralela a su calle estaba congestionada, la Novena Sinfonía de Beethoven que pasaba en Sol Armonía esa mañana era interrumpida por el coro de bocinas y gritos de los conductores apurados. Cuando el tráfico se hubo normalizado, ya habían pasado más de cinco

sinfonías en la emisora, dobló a la derecha e hizo unas maniobras con su vehículo entre "recovecos" y estrechas calzadas hasta estacionarse frente a un elegante edificio de lunas polarizadas.

Subió al ascensor —al 5° piso por favor—, el anciano ascen-

sorista que ya la conocía, asintió amablemente con una sonrisa.

En la puerta del departamento la esperaba una muchacha alta, morena, delgada, que al verla la cogió de la mano y la condujo al interior del mismo. Invitó a Carolina a sentarse en el cómodo sofá negro en el cual muchas veces se había hallado y con pasos cortos pero rápidos, se dirigió al pasillo. Al cabo de un minuto volvió con un lienzo entre los brazos. Era el último lienzo que Patricia pintó. La muchacha era hermana de Patricia, tenía un ligero parecido a ella, pero la segunda se caracterizaba por "los kilitos de más" que tenía. Patricia estaba en el mismo taller de arte que Carolina, de manera que se hicieron muy amigas. La noticia de la desaparición de su amiga conmocionó a Carolina, que invadida por la tristeza y soledad decidió abandonar su carrera artística. Continuar este cuadro podía ser el reinicio de su carrera, así que no lo pensó dos veces y en nombre de su amiga a quien añoraba mucho, subió el lienzo al auto y decidió culminarlo.

Al día siguiente, puso el cuadro en el caballete, y lo observó por un momento, recordó las pavorosas imágenes del incendio de la Escuela de Arte, en el cual desapareció Patricia. En los noticieros de todo el país aparecieron las fotos de su amiga.

Preparó las combinaciones, enjuagó los pinceles y empezó a matizar el cielo, pero el recuerdo de ese infernal suceso no la dejaba trabajar, era extraño aquel recuerdo, pues nunca antes lo había tenido, nunca antes se había atrevido a soportar ese dolor que sentía dentro al recordar a su amiga, siempre lo veía como un viaje del que pronto volvería, pero ahora era distinto, se sentía con tal fuerza que hasta se atrevía a revivir las imágenes de ese trágico día.



El sol se escondía, Carolina seguía postrada frente al cuadro, el duro recuerdo la había fatigado, se había quedado dormida. Al abrir sus ojos cansados, el lienzo llamó su atención, el cielo celeste, como lo había pintado hace un momento, se hallaba oscuro, fúnebre, era imposible, tal vez esa nueva marca de óleos cambia de color al secarse, o tal vez con los párpados caídos había combinado mal el color, no lo sabía, no estaba segura, dejó esa incógnita sin resolver, porque el cansancio le ganaba la partida.

El viento soplaba mientras caminaba entre las solitarias calles, el otoño se reflejaba por todas partes, las calles desoladas, las ventanas húmedas, los árboles desnudos, el cielo garuando, ella sola. Caminaba rumbo a la Escuela de Arte, quería estar allí, aunque en ella no había señales de tal incendio, pues había sido remodelada. Dobló la esquina, caminar la ayudaba a meditar, además el auto tenía problemas, era mejor respirar aire fresco.

Entró a un pasaje con prados alrededor de éste, se sentía sola, muy sola, se preguntaba cómo un simple objeto puede volver a traer aquel recuerdo con esa fuerza, después de tantos amargos meses. Se paró frente a un edificio antiguo, muy bello, que no parecía haber sufrido un accidente como tal, se sentó en un murito al lado del árbol viejo, y dirigió su mirada al edificio, tan triste. Tenía arbustos a los lados, la reja en el centro, los escalones de mármol. De pronto Carolina comenzó a erguirse sin dejar de mirar al edificio, su boca estaba ligeramente abierta, sus ojos sobresalieron de repente, en su rostro se dibujaba su admiración y sorpresa, cómo pudo hacerlo, pensaba, esto es imposible, no puede ser, la vista hacia la escuela, era la misma, idéntica, estaba segura, hasta el cielo, oscuro, las hojas de los árboles caídos, era aquel... el dibujo en el lienzo, que aún no estaba terminado, era aquella vista hacia la escuela, pero cómo pudo Patricia dibujar algo que aún no estaba realizado, esa infraestructura había sido cambiada recientemente después del incendio, en el cual ella desapareció, era imposible,

quizás ella lo había imaginado así, mucho antes que ocurriera.

Carolina caminó rápidamente con pasos largos hacia el pasaje de vuelta, como escapando de algo, siempre volteaba a ver la escuela, como si la temiera.

Dos días después del paseo nocturno, Carolina se hallaba sentada frente al cuadro, meditando sobre él, qué más le faltaba. Las mañanas anteriores había despertado sudando, aterrada, había tenido pesadillas, pero al abrir sus ojos no recordaba absolutamente nada de éstas. Ya casi había olvidado el suceso en la Escuela, sólo le interesaba el cuadro. Se le ocurrió una idea, el pensarla llenó su alma de tristeza y al mismo tiempo de resignación. Empezó a delinear en el lienzo la silueta de una mujer, no muy delgada, sentada en uno de los muros de la Escuela, su rostro era redondo, irradiaba felicidad. Estaba junto a otra, ésta en cambio, era delgada, pálida, con una cara muy delgada y fina y al igual que la otra se hallaba muy feliz. Carolina y Patricia estaban sentadas en el muro al lado del árbol viejo, ese era el nombre que le pusieron en honor al anciano jardinero de 98 años que lo plantó en su niñez, según contaba, las dos se hallaban señalando la nueva infraestructura de la Escuela de Arte. Carolina había postulado a ésta, pero no pudo ingresar, ese era el sueño más grande que tenían, estudiar las dos juntas en la Escuela.

El dibujo logrado hizo sonreír a Carolina, a la vez dos lágrimas desfilaron en su rostro, era un pensamiento muy triste. Dejó el lienzo y se fue a dormir.

A la mañana siguiente, encontró el cielo del cuadro, mucho más claro que el de ayer, definitivamente el óleo era el responsable, por tratar de ahorrar haría un mal trabajo, pensó. Se duchó con agua fría y luego se preparó el café matutino, metió los archivadores del análisis que le pidieron en el trabajo y se dispuso a salir de su casa. Justo caminaba hacia la puerta, cuando sonó el timbre, abrió la puerta, el maletín se le cayó de las manos.

# Un ídolo de barro

DANIEL CUETO KEENAN

Colegio Pestalozzi. Primer puesto, Ensayo

*El aire se serena  
y viste de hermosura y luz  
no usada,  
..., cuando suena  
la música extremada  
por vuestra sabia mano  
gobernada.*

(Versión libre de una oda de Fray Luis de León.)

Entre los cuentos de Ribeyro, y movido por mi infinita entrega y dedicación a la música, el titulado "La música, el maestro Berenson y un servidor" fue el primero en captar mi atención; más aún, el sentirme extrañamente identificado con el personaje del narrador en éste me llevó a involucrarme con esta corta obra a otro nivel. "La música, el maestro Berenson y un servidor", de Julio Ramón Ribeyro, es la historia de un joven yo-testigo y su amigo Teodorito, ambos grandes melómanos, quienes tienen como ídolo a un director de orquesta residente en Lima llamado Hans Marius Berenson; éste, que en esos tiempos dirige con cada vez más éxito a la Orquesta Sinfónica Nacional, sufre posteriormente una fuerte decadencia en su reputación e imagen social que acaba por completo con su antes brillante carrera.

En "La música, el maestro Berenson y un servidor", como en tantos otros relatos del mismo autor, encontramos la temática típica del fracaso, de la degradación, del casi-éxito y de la ilusión perdida. Así, el maestro Berenson en nuestro cuento es uno de esos característicos protagonistas

ribeyranos que, estando cada vez más cerca de la propia realización y la culminación del éxito personal o profesional, caen víctimas de un trágico golpe del destino que acaba bruscamente con sus grandes sueños e ilusiones. El *leit motiv* de la degradación y el fracaso es lo central en la historia del maestro. En este cuento, tanto la secuencia argumental misma como las construcciones sintácticas, ciertas frases claves, la caracterización de los personajes, la ambientación, y en general todos los elementos literarios apuntan a este tema, lo refuerzan y resaltan su trascendencia para lo universal humano. Será precisamente éste el tema de mi reflexión.

Preliminarmente al análisis, conviene tener en cuenta ciertas consideraciones acerca del contexto de la acción narrativa en cuestión. Esta historia se desarrolla en la Lima de los años 50, década en la cual esta ciudad experimentó una acentuación del movimiento migratorio masivo desde las provincias, fenómeno que empezó a crear un importante desequilibrio socioeconómico en la ciudad. De pronto, un gran

sector de la población total de Lima era de origen provinciano, con un nivel cultural bajo y un escaso consumo de las bellas artes occidentales. Paralelamente a esta macromigración, se dio también una micromigración al Perú de músicos judíos o antifascistas de diferentes países de Europa que huían de la influencia de Hitler y Mussolini; uno de ellos es, en nuestra historia, el maestro Berenson. La población limeña, de oído hasta entonces poco desarrollado, fue entrando paulatinamente en contacto con el mundo de la música y estos músicos; esto es lo que ocurre también con los dos jóvenes de nuestro relato, los cuales de alguna manera comienzan a vislumbrar, al disfrutar de las interpretaciones del maestro, el "gran mundo" del arte culto occidental.

Presentemos el argumento un poco más extensamente, con el objetivo de distinguir diferentes momentos en esta narración y en el proceso de degradación de Berenson. Este cuento relata la historia de un joven yo-testigo (cuyo nombre no nos es revelado) y su amigo Teodorito, ambos guiados por su enorme afición a la música, quienes descubren y van volviéndose cada vez más fanáticos del talentoso y respetado director de la Orquesta Sinfónica Nacional, el emigrante judío Hans Marius Berenson. Debido a la ilimitada veneración juvenil de los dos muchachos, este personaje poco a poco se va convirtiendo en una especie de símbolo, una encarnación de la sublimidad de la música a los ojos de Teodorito y especialmente del yo-



testigo. Los dos jóvenes, llegado un punto en la historia y luego de un primer intento fallido, deciden aproximarse a él y expresarle su fervorosa admiración. Se llevan una desagradable sorpresa, sin embargo, cuando esa misma noche el yo-testigo es expulsado del taxi y Teodorito es víctima de una insinuación sexual, ambas acciones por parte de Berenson. Luego de este episodio, los dos amigos van perdiendo paulatinamente el fanatismo por el maestro y dejan de asistir a sus conciertos. Se nos dan indicios de que las tendencias homosexuales y pedofílicas de Berenson están saliendo cada vez más al descubierto y afectando su hasta entonces magnífica reputación. Sin embargo, la historia se interrumpe cuando el yo-testigo viaja a Europa y en la historia se da una elipsis de más de diez años. Pasada ésta, el yo-testigo vuelve al Perú y, en una reunión de melómanos organizada por su cuñado, descubre, asombrado, al maestro Berenson dirigiendo frente a un estéreo: un pobre viejo relegado a una ciudad serrana, imitando maquinalmente, cual autista y en una pantomima de concierto, sus antiguas glorias para poder sobrevivir.

Con esta somera visión del argumento, podemos comenzar a distinguir que hay esencialmente dos momentos en la historia. El primero presenta una evolución del maestro, quien por su gran mérito va adquiriendo cada vez más reconocimiento y gloria; el segundo comienza con la gran decepción de los dos jóvenes (la expulsión del taxi y la insinuación) y consiste en un progresivo y lento deterioro del músico. Este segundo momento de la historia es el que contiene el tema central, y por lo tanto es el que más nos interesa; dentro de él podemos distinguir esencialmente tres etapas, que pueden identificarse como las etapas de la decadencia del ídolo.

La primera etapa se puede nombrar como la gran decepción del protagonista y Teodoro, y está marcada por la acción nuclear mencionada en el párrafo anterior (expulsión del taxi e insinuación). Efectivamente, esta etapa marca el inicio del proceso de degradación a los ojos del protagonista, ya que es el primer indicio de la vida privada moralmente cuestionable (tendencias homosexuales y pedofílicas) de Berenson, y de que ésta se está comenzando a infiltrar en su proyección como autoridad cultural y personaje social; de alguna manera, anticipa lo que vendrá después en la historia del maestro.

La segunda etapa es la degradación de la imagen y reputación del maestro a los ojos de los músicos y el público; los lectores no estamos presentes durante el tránsito (ocurre probablemente durante la elipsis), pero sabemos que se da por ciertos indicios presentes en el texto:

"Una que otra vez pasamos por el bar Romano después de la función y distinguimos ocasionalmente al maestro al pie del mostrador, con su vaso de cerveza y su copita de pisco, solo

o conversando con algún esporádico y joven bebedor. Se rumoreó por entonces que Berenson se había visto implicado en un escándalo nocturno cuya naturaleza no se esclareció y que algunos integrantes de la Sinfónica habían puesto en tela de juicio el rendimiento del maestro"<sup>1</sup>.

Por aspectos como éstos es que Berenson iría perdiendo su buena imagen y reputación, y eventualmente su puesto.

La tercera etapa se puede titular como la degradación tanto de la calidad musical como de la motivación de crecer como músico del maestro Berenson, probablemente la más lenta y paulatina de las tres. Tampoco estamos presentes durante este proceso (sucede también dentro de los diez años de elipsis), pero sabemos que se da porque sí presenciamos sus resultados; asistimos al punto culminante de la decadencia, donde la calidad musical está ya notablemente deteriorada y el desgano es evidente:

"Estaba ante un pelele que mimaba sus antiguas glorias por ganarse unos tragos, un poco de calor y algo de simpatía, en una ciudad donde tal vez no había filarmónica sino una que otra camerata en la que debía tocar el violín en matrimonios y entierros para hacerse un cachuelo"<sup>2</sup>.

Estas son las tres grandes etapas en las que se puede dividir el tema de la decadencia; cada una tiene un matiz particular, pero están íntimamente ligadas y cada una lleva naturalmente a la siguiente. Del análisis del argumento de la historia hemos podido inferir la estructura general de este proceso de deterioro... ¿pero cómo apunta al tema central la narración misma? Para tener una visión clara de esto, resulta bastante efectivo hacer un análisis y contraste de palabras y frases claves en dos

pasajes paralelos del cuento. El primer pasaje a comparar es aquel en el que el protagonista ve por primera vez a Berenson desempeñarse magistralmente en el Campo de Marte, y el segundo es aquel en el que lo ve "dirigir" por última vez en casa de su cuñado Genaro. He elegido estos dos porque en ambos se da el mismo tipo de situación general, pero con sutiles diferencias verbales que apuntan directamente al tema central de la historia.

Notamos, pues, pequeñas pero significativas gradaciones a la hora de expresar esencialmente los mismos puntos. El inicio de la obra dirigida por el maestro es descrito en el primer pasaje como el "cuádruple estampido"<sup>3</sup> de las cuerdas, mientras que el segundo se describe como el "cuádruple gemido"<sup>4</sup>; el adjetivo "cuádruple" es reiterado pero el sustantivo al que modifica es distinto en ambos casos, lo cual hace que las dos frases tengan connotaciones diferentes. "Estampido", entonces, está representando aquí la gran fuerza y decisión con la que comienza típicamente esta sinfonía, y "gemido" revela más bien la fragilidad de la última interpretación de Berenson, así como su tristeza y apatía interior. Otro punto de contraste es el de los fragmentos "escuché toda la pieza en éxtasis"<sup>5</sup> (primer pasaje) y "el espectáculo se me volvió intolerable"<sup>6</sup> (segundo pasaje); dos construcciones sintéticas que expresan los estados de ánimo opuestos del yo-testigo antes las dos contrastantes interpretaciones de Berenson, y que pasan a mostrar que se ha dado un cambio significativo en la calidad musical, el ánimo y la situación misma del maestro.

Una tercera parte, donde se evidencia que se da un proceso de degradación, incluye la contemplación admirativa:

"[...] su alada batuta que parecía tejer

y destejer los acordes con una infalible certeza. Mi convencimiento llegó a su cúspide cuando la orquesta [...]"<sup>7</sup>.

Frente a ella y en contraste, tenemos una visión terrible:

"Su mirada, desdeñando al público, sabe Dios contemplando qué celestiales visiones y en sus labios enjutos, entre su barba rala, flotaba una sonrisa estólida. Pero a medida que se prolongaba, el espectáculo se me volvió intolerable. En ciertos pasajes, sin embargo, los gestos del maestro eran convincentes y tuve por un momento la ilusión de estar ante el gran Hans Marius Berenson de mi juventud, la primera vez que lo vi en el Campo de Marte, ante una afinada orquesta. Pero era sólo una ilusión"<sup>8</sup>.

En el primer pasaje, el convencimiento del protagonista llega a su cúspide; en el segundo, el maestro sólo es aceptable en ciertos pasajes y la imagen de su grandeza es una quimera.

Llegamos ahora al punto más intrigante, que aparece en los dos pasajes y que resume, a la manera de ver de Ribeyro, todo el sentido del cuento, un juego de palabras: "el zarpazo del destino". Algo de información previa: es un hecho conocido en el mundo musical que Beethoven mismo describió alguna vez las primeras cuatro notas de su Quinta Sinfonía como "el golpe del destino a la puerta" (en otras palabras, el destino tocando la puerta de uno); la referencia de Ribeyro en el texto está indudablemente basada en esta anécdota. En la sinfonía, este tema de cuatro notas abre el primer movimiento y vuelve a aparecer casi al final de éste; Ribeyro, pues, tuvo la idea de utilizar dicho tema para ilustrar la apertura y cierre de la

historia del maestro, y el trágico curso de su destino.

Cuando aparece la expresión "el zarpazo del destino" en el primer pasaje, "zarpazo" está funcionando como una exageración de "golpe" (como lo describió originalmente Beethoven), pues la interpretación del maestro es formidable y el protagonista está en éxtasis:

"Mi convencimiento llegó a su cúspide cuando la orquesta atacó la Quinta de Beethoven, el plato fuerte de la reunión. Yo había escuchado cientos de veces esta sinfonía y la conocía casi de memoria, pero cuando el cuádruple estampido de las cuerdas marcó su inicio, salté sobre mi silla como si hubiera sentido en mí 'el zarpazo del destino'"<sup>9</sup>.

Cuando reaparece esta expresión, en el segundo pasaje, "zarpazo" sirve más bien para representar el ocaso del maestro:

"'El zarpazo del destino', me dije cuando los cornos retomaron el tema inicial, '¡pobre maestro Berenson!'. Pero me consolé pensando que sólo tenían derecho a la decadencia quienes habían conocido el esplendor"<sup>10</sup>.

Efectivamente, el destino de Berenson en cierto modo llamó a su puerta con un zarpazo. Un juego de palabras que Ribeyro no duda en incluir en su cuento como su propia manera de ver la caída del maestro, desde una perspectiva muy "musical".

Al esquematizar el argumento del cuento, hemos podido diferenciar esencialmente dos momentos en la historia; el primero representa la rápida ascendencia y fama del maestro, mientras que el segundo repre-

senta su paulatina decadencia. A partir de esto logramos apreciar y distinguir las etapas de ésta: la gran decepción, el deterioro de imagen y reputación, y la degradación de calidad musical y motivación de crecer como músico. Luego hemos mostrado, analizado y comparado las partes del texto en las que la narración sugiere y evidencia que se ha dado este proceso, y constatado que apuntan a la intrigante perspectiva de Ribeyro de "el zarpazo del destino".

Vemos, pues, que tanto el contenido argumental como lo formal apuntan directamente al tema, lo refuerzan y nos van mostrando los diferentes matices y aspectos que lo hacen tan significativo y trascendente más allá del mundo del cuento mismo, rebasando la anécdota. Si para otros escritores los seres humanos construyen su destino, para Julio Ramón Ribeyro los hombres obedecen un destino que viene a tocarles la puerta y señalarles un camino. La decadencia del maestro Berenson es, parece decirnos Ribeyro, la de todos los seres humanos; el zarpazo vendrá, tarde o temprano, a tocar nuestra puerta.

### Bibliografía

Álvarez, Crhistiane: "Crisis de identidad en el Perú". pp. 21-28, en *Martín*. Revista de Artes y Letras de la Universidad de San Martín de Porres, año II, n.º 4, 2002.

Ribeyro, Julio Ramón: "La música, el maestro Berenson y un servidor", en *Cuentos*, pp. 307-320. Madrid: Cátedra, 1999.

1 Ribeyro, Julio Ramón: "La música, el maestro Berenson y un servidor", p. 317.

Notas 2 a la 10: *op. cit.*, pp. 310, 319 y 320.